

ESPAÑA EN EL MARCO DE LAS CRISIS MUNDIALES DE 1956

Matilde Eiroa San Francisco

Universidad Carlos III de Madrid, Spain. E-mail: meiroa@hum.uc3m.es

Recibido: 5 Diciembre 2005 / Revisado: 11 Enero 2006 / Aceptado: 26 Enero 2006 / Publicación Online: 15 Junio 2006

Resumen: El rechazo internacional sufrido por la España franquista a partir de las resoluciones aprobadas por Naciones Unidas en diciembre de 1946 no significó, en modo alguno, la exclusión definitiva de la dinámica del sistema bipolar. A partir de 1950 la cuarentena diplomática finalizó y el estallido de la guerra de Corea se tradujo en una transformación de la posición internacional española, alineada desde ese momento con el mundo anticomunista. La firma de los Pactos con Estados Unidos y el ingreso en la ONU, introdujeron definitivamente a El Pardo y al Palacio de Santa Cruz, en los procesos de los acontecimientos mundiales, muchos de los cuales salpicarían a la política exterior administrada desde estos enclaves de poder.

Palabras Clave: crisis de 1956, España de Franco, historia de las relaciones internacionales, política exterior, sistema bipolar.

1. CRISIS SOCIALES Y POLÍTICAS EN LA ESPAÑA DE 1956

El cambio de gobierno de 1951 dio paso a una etapa de consolidación que se afirmaría en la segunda mitad de la década con el ingreso de España en las principales organizaciones internacionales. La constatación de que se estaban dando los pasos hacia la tolerancia definitiva del Régimen, inspiró a Franco en la reorganización ministerial que llevó a cabo, en la que mantuvo cierto predominio falangista (José Antonio Girón o Raimundo Fernández Cuesta) y católico (Joaquín Ruiz-Giménez).

La cartera de Educación resultó ser una de las más relevantes de este primer quinquenio de la década. El nuevo ministro, D. Joaquín Ruiz-Giménez hubo de gestionar su trabajo entre equipos de origen falangista pero de talante

liberal, con otros precedentes del falangismo fascista de los años treinta, coreados en sus propuestas por eclesiásticos ultra conservadores que intentaban mantener las opciones de los primeros años de posguerra. Aún contando con colectivos mayoritariamente reaccionarios, el relativo aperturismo del Ministerio se dejó notar en la tolerancia hacia ciertas expresiones de descontento entre los intelectuales y en la Universidad, donde se estaba gestando un movimiento estudiantil que estallaría años después.

El inicio de este decenio vino acompañado de las primeras tensiones sociales expresadas con motivo de las dificultades económicas surgidas con la inflación, la subida de precios de productos básicos y el auge de la corrupción, practicada en los años cuarenta al hilo del racionamiento y el estraperlo. La huelga de transportes de Barcelona de 1951, las de Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona o la de Madrid, representaban algunas advertencias de la sacudida social cuya trascendencia comenzó a ser sentida en 1955 y finalmente constatada en los conflictos de 1956.

En el plano económico, la vía autárquica había demostrado que conducía a un camino sin salida. Más aún desde que Estados Unidos se había interesado por España a raíz de la Guerra de Corea, eventualidad que fue aprovechada para recuperar terreno en los foros internacionales y para convertirse en receptora de capitales y materias primas, tal y como lo habían sido otros países europeos a través de las ayudas del Plan Marshall. Ante los fuertes estrangulamientos en la industria, la ausencia estructural de materias primas y de tecnología, la llegada de la ayuda norteamericana significó una reducción de la escasez y una cierta estabilidad de precios. Pero no era suficiente. La

economía estaba urgida de reajustes profundos, que se hicieron evidentes tras los primeros efectos amortiguadores de los dólares estadounidenses. El proceso inflacionista se disparó, derivando en una oleada de huelgas en protesta por la situación económica, a la que se sumó las revueltas de los estudiantes universitarios contra el Régimen.

El mes de febrero de 1956 contempló un gran estruendo que saltó en el mundo universitario, donde vino a cristalizar el descontento de otros colectivos. Los incidentes ocurridos con motivo de la muerte de Ortega y Gasset en octubre de 1955, se unieron al malestar sentido por las autoridades ante la propuesta de Enrique Múgica de organizar unos “Encuentros de la Poesía con la Universidad” en la que se habría de dar lectura a textos de Federico García Lorca, Miguel Hernández o Antonio Machado. Poco tiempo después, se proyectó la convocatoria de un “Congreso Universitario de Escritores Jóvenes” que, aunque no llegó a celebrarse, originó la publicación de varios boletines en los que se dieron cita algunos textos elocuentes del ambiente reinante. La chispa de la confrontación saltó con la idea de la celebración de un “Congreso Nacional de Estudiantes”, a iniciativa de Javier Pradera, Enrique Múgica y Ramón Tamames. El Congreso fue convocado a través de un “Manifiesto” repartido por las facultades que agotó la paciencia de los servicios policiales. En medio de esta espiral de tensión, la amenaza de realizar elecciones libres de representantes en los órganos de gobierno, dio comienzo a los enfrentamientos entre grupos falangistas y antifalangistas, que derivaron en choques con la policía, el saqueo de locales, heridos, detenciones y amenazas de muerte¹. En muchas otras universidades estos sucesos se reprodujeron como una mimesis de la movilidad de Madrid, hasta que el gobierno decidió adoptar ciertos dispositivos de excepción, a saber, la suspensión de algunos artículos del Fuero de los Españoles.

La tranquilidad a los centros académicos llegó de la mano de la aplicación de las medidas represivas hasta que en los años sesenta las protestas volvieron a estallar, esta vez, de forma continuada. Los sucesos de febrero tuvieron una trascendencia relativa, a excepción de los cambios ministeriales habidos con la sustitución de los ministros Ruiz Jiménez (responsable de Educación y por tanto de la Universidad), de Gobernación (Blas Pérez) y de la Secretaría General del Movimiento (Raimundo Fernández

Cuesta). Igualmente, supondría el inicio del surgimiento de una oposición interna sorprendida por la capacidad de organización y el hallazgo de un colectivo social integrado por jóvenes no resignados con el Régimen.

La crisis universitaria no sería la única; el gobierno habría de hacer frente a otros trances igualmente complicados en el terreno económico y laboral, que desembocaron en un año especialmente problemático. La complicación mayor, sin embargo, sería la ocurrida en el terreno de la administración exterior, con la inesperada concesión de la independencia a Marruecos en el mes de abril y su repercusión en las relaciones con el mundo árabe.

En esta encrucijada de 1956 coincidieron conflictos sociales y políticos en distintas partes del mundo en demanda de libertades o de mejoras en la calidad de vida. En África destacaron los procesos independentistas de Túnez, Sudán y Marruecos y las reformas en Egipto, cuyo exponente más claro fue la nueva constitución y la nacionalización del Canal de Suez. En los países satélites de la URSS, sobrevenían cambios profundos tras la celebración del XX Congreso del PCUS, en el que Nikita Kruschev daba por inaugurado la desestalinización y una nueva forma de relación con el bloque capitalista, la *coexistencia pacífica*. En China, sus habitantes vivieron la experiencia de una iniciativa puesta en marcha con el lema *hacer que florezcan cien flores*, según la cual Mao Tse Tung invitaba a los intelectuales a expresar abiertamente su opinión sobre el Partido. El *Movimiento de las Cien Flores*, no obstante, acabó en la reclusión y expulsión de quienes dieron credibilidad a esta propuesta. En Centro-América, el asesinato en Nicaragua de Anastasio Somoza García en septiembre, sería el lejano precedente de la caída de esta poderosa dinastía que se plasmó en 1979 con el triunfo de la revolución sandinista. Próximo a este país, estaba Cuba, inmersa igualmente en un proceso de fracasados finales y extraordinarios comienzos.

En diciembre, tuvo lugar el famoso desembarco de los hombres del Grana y los primeros ataques de la guerrilla liderada por Fidel Castro, protagonistas de la expulsión de Fulgencio Batista y de otros procesos posteriores que pudieron desequilibrar al contencioso capitalista-comunista.

España no pudo esquivar los numerosos conflictos que coincidieron en 1956, y aportó, en la medida correspondiente a su posición como país de segunda potencia, un importante tributo a la nueva recomposición internacional que surgiría a partir de ese año con el nacimiento de nuevos Estados y el germen de movimientos sociales de gran importancia en la década siguiente.

2. EL IMPACTO DE LA DESCOLONIZACIÓN: EL FINAL DEL PROTECTORADO MARROQUÍ, EL NUEVO MARRUECOS

Apenas un año después del ingreso en Naciones Unidas, España se vio envuelta en uno de los procesos promovidos con mayor énfasis en el mundo de posguerra. Se trataba de la descolonización de los antiguos imperios, fomentada desde los foros internacionales en aplicación de los derechos humanos y de la autodeterminación, aceptada por todos desde los acuerdos de paz que dieron por finalizada la II Guerra Mundial. Con el paso del tiempo, y lejanos ya los primeros momentos de la posguerra, la Conferencia de Bandung celebrada en 1955 había dejado la evidencia de que un nuevo bloque, el Tercer Mundo, se erigía paralelamente a los dos más poderosos, con menos recursos económicos que éstos, pero decididos a dar la batalla por la independencia y el desarrollo frente a sus antiguas metrópolis.

A mitad de los años cincuenta del siglo XX todavía quedaban importantes territorios de África y Asia por descolonizar, entre otros, el área norteafricana de Marruecos y Túnez, perteneciente a la órbita del mundo arabo-islámico, conformado en torno a la Liga Árabe creada en 1945². Esta región, de gran potencial gracias a su riqueza petrolífera y al concepto de unidad que desarrollan en torno a la común pertenencia a la religión islámica³, se hallaba en un proceso de formación de gran complejidad, no sólo como consecuencia de que quedaban naciones de esta raza y religión por alcanzar la independencia, sino por la competitividad que mantenían en su seno El Cairo y Bagdad en su pretensión de monopolizar la sede central y su control. Problemas internos aparte, mantener relaciones cordiales con este importante colectivo era un objetivo ambicionado por los dos polos del sistema internacional de la Guerra Fría, cuyos propósitos con respecto a aquel, abarcaban una amplia gama de aspectos, entre los que se encontraban comprar crudo a buen

precio o los de asentar en sus territorios bases militares para la defensa.

En este contexto, España estaba muy bien ubicada en su posicionamiento ante los árabes. Franco era amigo personal de muchos de sus gobernantes, a quienes estaba unido por el anticomunismo, la defensa de los principios autoritarios e incluso el precepto de la fe, aunque sus religiones se desarrollaran en entornos bien distintos⁴. Abdullah I de Jordania fue el primer Jefe de Estado en visitar a Franco en el trienio de mayor soledad para el Régimen (1947-1950) y no sería el último ni el más agasajado. Los monarcas de Irak, Arabia Saudita, Libia, el presidente de Líbano, de Pakistán, de Túnez, el sha del Irán..., una larga nómina de autoridades habían desfilado por El Pardo desde finales de la década de los cuarenta del siglo XX como símbolo de las afinidades políticas que les ligaban.

La articulación de España con el Islam, sin embargo, no podía ser completa debido a varias razones derivadas de su diferente desarrollo y tradición, aunque había una razón específica para que el entendimiento no fuera más estrecho y esta era la cuestión de la soberanía de Marruecos, uno de los ejes más problemáticos en la amistad de Franco con los árabes. Sus dirigentes deseaban estrechar lazos con España pero paralelamente apostaban por eliminar todos los vínculos coloniales que subsistieran en la órbita del Islam. Desde la visita de Abdullah I de Jordania en 1949, el Caudillo conocía este escollo en las relaciones con sus amigos, puesto que en los diálogos mantenidos con ellos era un tema que figuraba siempre en el orden del día de las materias a tratar. Los diplomáticos españoles eran conscientes de esta contrariedad, conocida en sus conversaciones con sus homónimos árabes, al tiempo que constataban el hecho de que si España era capaz de liquidar esta rémora, tendría asegurado el favor del bloque arabo-islámico en su conjunto.

La aspiración española sobre Marruecos, sin embargo, venía de antaño. No nos referiremos aquí al reparto del territorio en el siglo XIX, pero recordaremos, en cambio, que era una zona sobre la que Franco había demostrado un gran interés desde su ascenso a la Jefatura del Estado. Los territorios franceses del Protectorado habían sido ambicionados por el Caudillo durante la II Guerra Mundial, tal y como expresó en sus demandas ante Hitler en la reunión de Hendaya cuando fijó las condiciones de participación en

dicho conflicto⁵. El discurso sintetizado de Franco, Juan Beigbeder, Ramón Serrano Súñer, Alberto Martín Artajo y otros ministros y altas autoridades del Estado era, básicamente, el de que España tenía indiscutibles derechos en el norte de África, tanto por razones geográficas como históricas, puesto que desde el siglo XVI había guarniciones españolas ubicadas en el litoral marroquí, Ceuta, Melilla, Alhucemas y el Peñón de Vélez. Las pretensiones españolas en Marruecos, eran probablemente, las que más cohesionaban a las distintas familias del régimen franquista. Todos se mostraban igualmente insistentes sobre la injusticia cometida contra España por Francia y Gran Bretaña y la necesidad de repararla, aunque sus deseos nunca pudieron ser satisfechos.

Desde principios de la década de 1950 y con el propósito de ganarse la amistad árabe, Franco realizó promesas a los nacionalistas, en el sentido de sustituir el Protectorado por acuerdos entre potencias iguales que permitiesen conservar los lazos económicos y las relaciones comerciales. Estas promesas habían sido creídas por los dirigentes y habían despertado unas expectativas que los árabes exigían en darles cumplimiento⁶. El protectorado sobre Marruecos, configuraba, por tanto, un escenario complejo para España. Y lo cierto es que tenía escaso poder de maniobra con este asunto, puesto que era co-protectora junto con Francia, en unas condiciones ciertamente difíciles para pactar una solución unilateral. España poseía, como hemos mencionado, las zonas fronterizas de Ceuta y Melilla, el territorio de Ifni y la provincia de Río de Oro o Sahara español, además de un importante caladero de pesca. Y Franco sabía que Marruecos era un asunto ante el que los árabes cerraban filas. Los monarcas de la Liga Árabe urgieron a Franco por varias vías para que interviniera ante el gobierno francés y llegaran a un acuerdo de abandono del territorio, pero la posición del Caudillo no era fácil. Primero porque su ascendencia sobre Francia era nula y segundo porque el protectorado español era una subrogación simple del francés; sus destinos no podían separarse y había que esperar a llegar a un acuerdo con Francia para que España pudiera convertir su protección en territorio soberano.

Entre 1953 y 1956 la cuestión marroquí se vio desbordada cuando Francia destituyó a Mohammed V y le confinó a una isla. En su lugar, nombró sultán a Mohamed Ben Harafa, gobernante bajo las órdenes francesas, quien no

sería reconocido por España, mantenedora de la lealtad al sultán depuesto. La tensa situación creada a raíz de la destitución de Mohammed V, prolongada por dos años, perjudicó seriamente a las relaciones entre Madrid y París, al borde de la ruptura diplomática como consecuencia de los continuos desacuerdos y descalificaciones vertidas en la prensa y en los círculos diplomáticos.

Todo parecía indicar que inexorablemente habría que conceder la independencia, ante la cual Franco se había mostrado favorable, siempre y cuando se realizara por etapas que cubrían un espacio de tiempo de veinticinco años, a lo largo de los cuales el gobierno español iría traspasando las competencias, liquidando los adeudos del protectorado y asegurándose el control de Ceuta, Melilla y la zona pesquera. Sin embargo, los nacionalistas marroquíes y la Liga Árabe no se mostraban dispuestos a aceptar este letargo y las presiones ejercidas desde varios frentes, hicieron que los acontecimientos se desarrollaran con rapidez. Desde el otoño de 1953, no obstante, Franco venía preparando a sus ministros para tomar la difícil decisión de conceder la independencia a Marruecos y a tal efecto recibió al sultán en El Pardo en abril de 1954 para hablar sobre esta cuestión que se hallaba en el centro de la agenda política de los mandatarios árabes, de Francia y también de España.

A fines de 1955 Francia, sorprendentemente, cambió de estrategia y realizó cambios institucionales que facilitaron la firma de acuerdos con los líderes marroquíes cuyo resultado fue la pacificación del territorio. Mohammed V fue restablecido y a su vuelta a Rabat se aceleró el proceso de independencia, concedida el 2 de marzo de 1956⁷. Esta circunstancia cogió por sorpresa a España, quien no tuvo otra opción que la de aceptarla, ignorando las razones ocultas de la inverosímil transformación de la actitud francesa, y procediendo inmediatamente a expresar públicamente su adhesión a la declaración conjunta franco-marroquí⁸. Esta maniobra francesa de reajuste con Marruecos, tuvo como resultado un deterioro de la credibilidad de España ante el mundo árabe amigo, en cuanto a que había alentado esperanzas que no acabó de cumplir hasta que los acontecimientos fueron irreversibles.

Al mes siguiente de que París liberara sus territorios norteafricanos, España hizo lo propio.

Con tal motivo tuvo lugar la llegada de Sidi Mohammed V del 4 al 7 de abril de 1956⁹. La recepción que se le preparó estaba organizada con la idea de rodear el acto con la mayor brillantez y la más cordial acogida, gesto extraordinario que sería instrumentalizado por la prensa para demostrar la conformidad de Franco con esta decisión así como su generosidad con los países africanos en vías de desarrollo. El nuevo rey marroquí sería agasajado con altas condecoraciones españolas y con una ruta marcada por los símbolos de la victoria franquista (el Alcázar de Toledo, El Escorial) y del pasado andalusí (Granada, Sevilla, Córdoba y Medina Azahara)¹⁰. Ambos itinerarios tenían como objetivo impresionar con los mejores exponentes de la grandeza española, alegóricos de que se encontraba ante una gran nación a la que tendría que respetar.

Durante la primera jornada de Mohammed V en El Pardo, Franco realizó la transmisión de organismos administrativos y militares, bienes y servicios de la antigua zona española. El acto de cesión culminó en un acto protocolario muy concurrido en el que ambos mandatarios recordaron su pasado común y evocaron a un futuro que preveían de fraternidad y cooperación. El encuentro acabó en una *Declaración Conjunta hispano-marroquí* en la que el gobierno reconocía la independencia de Marruecos y su plena soberanía¹¹. La *Declaración* provocó gran interés en las cancillerías europeas, especialmente expresado a través de las embajadas británica y francesa, cuyos representantes deseaban conocer los términos exactos de la negociación relativos a la situación del ejército, la frontera sur y la defensa exterior. En este marco de afección informativa, se encuentra el viaje del ministro Martín Artajo a Washington, cuya misión era la de informar a la administración norteamericana sobre el proceso y los compromisos adquiridos por ambas partes.

La concesión de la independencia marroquí no supuso el final de los problemas con este vecino meridional, sino más bien, el inicio de un contencioso con un nuevo actor internacional sobre las últimas posesiones coloniales de Ifni y Sahara. La agenda de la política exterior de Franco, desde entonces, contó con una cuestión molesta: las negociaciones con Marruecos.

El bienio 1956-1957 se caracterizó por una intensa actividad política con representantes del bloque arabo-islámico, cuya consecuencia fue la de que Madrid se configurara como el principal

punto de encuentro de sus gobernantes en el Viejo Continente. Las conversaciones con Marruecos para liquidar el antiguo protectorado, la invasión soviética de Budapest y, sobre todo, el estallido de un nuevo conflicto entre árabes e israelíes en el canal de Suez, animaron a ese desfile islámico por El Pardo que tanto llamaba la atención de Occidente. El rey Faisal II de Irak, fue una de las visitas ilustres recibida al mes siguiente de la estancia del rey de Marruecos. Algunos meses después, en febrero de 1957, coincidieron en Madrid Mohammed V y el rey Saud de Arabia, quien hacía escala en España en un periplo que le llevaba a Túnez y El Cairo y finalizaba en Washington. Los dos reyes y Franco hablaron sobre el problema creado con el cierre del Canal de Suez y la evolución de los acuerdos hispano-marroquíes al tiempo que aprovecharon la oportunidad del encuentro para preparar las reuniones de los Jefes de Estado de la Liga Árabe que tendrían lugar en la capital egipcia.

Las relaciones con el mundo árabe en el conflictivo año de 1956, sin embargo, no sólo se exteriorizaron con las recepciones a Jefes de Estado sino que se articularon con la organización de un viaje oficial del ministro Martín Artajo por las capitales más representativas de este bloque y por Turquía, con la que deseaba llegar a acuerdos relacionados con apoyos recíprocos en Naciones Unidas para los enclaves de Gibraltar y Chipre. A Turquía se le habían abierto las puertas de la OTAN, y pertenecía igualmente al Pacto Balcánico, organizaciones multilaterales que actuaban como muros defensivos contra el expansionismo soviético. En este sentido, España estaba muy interesada en contar con Estambul para el catálogo de amistades que en un momento dado podía utilizar para revalidar supreciado anticomunismo ante el bloque occidental¹². La posición de España en el Mediterráneo y el interés creciente por aproximarse a Europa, aconsejaba fortalecer los contactos con todos los países ribereños, con quienes mostró gran interés en participar de cualquier posible combinación política y militar.

Franco quiso jugar la baza de defensor de los países árabes y de mediador entre Oriente y Occidente en beneficio propio. Sin embargo su excesiva prudencia, derivada del temor a que la implicación con una determinada postura le costara el desequilibrio de esa difícil balanza de apoyos sociales y económicos que le mantenía en el poder, le impidió actuar en un escenario de

gran radicalidad anticomunista que le era favorable. El mundo árabo-islámico quedó frustrado ante la ambigua reacción española con respecto a sus reivindicaciones y perdió interés en Franco. En consecuencia, después del bienio 1956-1957, una vez solucionada la independencia marroquí y comprobado que el Caudillo no arriesgaría su puesto con aventuras internacionales, los contactos se redujeron considerablemente, excepto visitas político-turísticas de los monarcas saudíes, jordanos o de las autoridades iraquíes, quienes venían a arreglar otro tipo de cometidos más relacionados con acuerdos económicos que con alianzas geopolíticas impracticables con un Caudillo empeñado en la inserción imposible en Occidente y en la supervivencia de su régimen.

3. UN NUEVO GOLPE DE LA URSS EN EL TELÓN DE ACERO: LA REACCIÓN ESPAÑOLA ANTE LA INVASIÓN REVOLUCIÓN HÚNGARA DE 1956

Desde el momento en que el entendimiento Este-Oeste se hizo imposible, Franco vio que había llegado el momento propicio para buscar su hueco en ese mundo de posguerra que tan mal había entendido su postura política. La obsesión hacia el expansionismo comunista adquiriría, en la coyuntura de la Guerra Fría, visos de realidad en un contexto de gran agresividad entre las dos superpotencias, dedicadas a la contención de sus respectivas ideologías y ámbitos de influencia. El Caudillo había encontrado un sustento importante para poder sobrevivir en la adversidad de la posguerra, y este era el peligro soviético, factor que contribuía a asentar su estilo dictatorial en una época de consolidación democrática. La creación en 1947 de la Oficina de Información Comunista (Kominform), del Consejo de Ayuda Económica Mutua o COMECON, el nacimiento de la República Popular China en 1949, la Guerra de Corea, o el conocimiento de las atrocidades cometidas por Stalin a raíz de la lectura del Informe Secreto en el XX Congreso del PCUS, conformaban un conjunto de actuaciones que venían a extender la idea del crecimiento comunista y de la necesidad de combatirlo desde posturas decididamente anticomunistas.

El pilar del anticomunismo como tarjeta de presentación ante el nuevo mundo dividido en bloques no formaba parte de la tradición de la política exterior española, pero resultó sumamente útil en la Guerra Fría. España ofreció refugio a exiliados de los países

ocupados por la URSS, a quienes proporcionó residencia, educación universitaria y trabajo. Franco no hacía nada diferente de lo que se estaba haciendo en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde se hallaban los núcleos más importantes y combativos de la emigración, donde habían instalado su sede los gobiernos en el exilio. Incluso en los círculos donde se estaban gestando las Comunidades Europeas, se hallaban representantes exiliados de los países de la Europa central y sur-oriental¹³.

A pesar de la directriz antisoviética de su política exterior, el gobierno de Franco desarrolló desde 1953-1954 un proceso secreto de contactos que desembocarían en el voto positivo a la entrada de España en la ONU y las negociaciones para el retorno de españoles residentes en Rusia que acabaron con éxito años después. Estos contactos efectuados dentro de la máxima confidencialidad a través de terceras personas en terceros países, persiguió, poco a poco, otros objetivos. En agosto de 1956 con ocasión del primer seminario de Naciones Unidas para periodistas de los países miembros, un grupo reducido de funcionarios españoles de la máxima confianza del Ministerio de Asuntos Exteriores, se entrevistó con los soviéticos para acordar la instalación de un corresponsal de EFE en Moscú y uno de la Agencia TASS en Madrid. Asimismo, a través de otros canales, se consiguieron ciertos acuerdos para la explotación y distribución del petróleo¹⁴. No podemos obviar, en estas paradigmáticas relaciones, el contexto económico internacional, en el que las pujantes Comunidades Europeas aparecían como una amenaza potencial para los mercados, tanto de España como de Europa del Este. Había que buscar nuevos aliados comerciales, nuevos precios, nuevos productos que pudieran competir con el nuevo orden financiero.

Esta aproximación lenta y confidencial al Telón de Acero, no fue óbice para que España estuviera atenta a todo lo que ocurría en esta región y que pudiera ser instrumentalizado para beneficio del Régimen. Cuantos más movimientos políticos extensivos o impositivos realizara Moscú, más reforzado internacionalmente aparecía el gobierno franquista y toda la compleja red montada contra el comunismo. En este marco, la revuelta que estalló en Hungría en octubre de 1956, acaparó toda la atención de Franco y de su gobierno¹⁵. Los diplomáticos españoles, especialmente el entonces embajador de España

en la ONU José Félix de Lequerica, el representante oficioso húngaro en el exilio Francisco de Marossy y el archiduque Otto de Habsburgo (ambos residentes en Madrid), fueron las principales fuentes de información en las que se basó el gobierno para protestar ante la Asamblea General en contra de la intervención soviética de Hungría¹⁶. España fue el primer país que presentó la queja ante Naciones Unidas, récord que colmó de orgullo a la delegación española y que sirvió para airear propaganda en torno a que España demostraba ser, una vez más, el baluarte anticomunista más firme de todo Occidente. Franco, apoyado por la información que le trasladaba Otto de Habsburgo, vio la posibilidad de reavivar la política de contención de los primeros años de posguerra, que tanto le beneficiaba para la tolerancia de su Régimen. Los tanques en Budapest constituían una prueba, desde el punto de vista franquista, de que había que desconfiar de la nueva tendencia de la *coexistencia pacífica* y la *distensión*, esa propuesta de convivencia capitalismo-socialismo planteada por Krushev que estaba demostrando ser una falacia. La URSS y Estados Unidos no cejaron en dar muestras de las dificultades para alcanzar esta ansiada convivencia, algunos de cuyos ejemplos fueron los ocurridos en el otoño de 1956 en Polonia y Hungría, culminados con una intervención militar.

El gobierno franquista se mantuvo alerta ante la evolución de la invasión de Budapest, presta a adoptar decisiones eficaces en el seno de Naciones Unidas para contener el avance de los tanques. Esta actitud decidida, sirvió para que los húngaros instaran a Franco al envío de ayuda militar para su pueblo, demanda tramitada a través de Otto de Habsburgo y un colectivo de refugiados, quienes vieron la posibilidad única de liberar a su pueblo del sometimiento a Moscú. El plan quedó frustrado por decisión norteamericana como consecuencia de la desviación de las prioridades militares hacia el conflicto árabe-israelí de Suez. Nunca se produjo ninguna expedición de ejércitos ni de ayuda militar, si bien hubo una aportación humanitaria importante que se materializó con el alojamiento de refugiados y la facturación de material sanitario y alimentos.

La invasión soviética de Hungría provocó la salida de numerosos húngaros, muchos de ellos protagonistas de estas jornadas que, durante días, conmoveron al mundo. La mayor parte de ellos se dirigió a países democráticos, pero un

reducido grupo recibió la invitación para asentarse en España, país de acogida para la nueva ola de refugiados políticos anticomunistas húngaros.

4. IBEROAMÉRICA Y OCCIDENTE, LA MORATORIA EN LA POLÍTICA EXTERIOR

La importancia de la independencia marroquí y, meses más tarde, de los asuntos relacionados con el estallido del canal de Suez y la invasión de Budapest, provocaron un aplazamiento de otras áreas de las relaciones exteriores del franquismo: Iberoamérica y el acercamiento a Occidente. La actividad del Ministerio de Asuntos Exteriores durante 1956 estuvo centrada, sobre todo, en el mundo árabe y en el anticomunismo. Sin embargo, esto no impidió el desarrollo de cierta acción exterior con algunos países iberoamericanos y europeos.

Con respecto a Iberoamérica, durante la coyuntura del cincuenta y seis fueron recibidos en El Pardo los presidentes Juscelino Kubitschek de Brasil y José Figueres Ferrer de Costa Rica así como el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, José Loreto Arismendi. Venían a Madrid impulsados por intereses diferentes, aunque entre ellos destacó el comercial, que empezaba a ser el prioritario en las reuniones de los Jefes de Estado ante la necesidad de salir del subdesarrollo y de colaborar en el marco de grandes regiones económicas.

El presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, llegó a España pocos días después de haber tomado posesión de su cargo. Procedía de un corto viaje por Europa en el que intentaba zanjar acuerdos económicos e inversiones. Kubitschek había manifestado su deseo de llegar a acuerdos de cooperación técnica con España para algunos sectores de la industria que culminaron con cierto éxito¹⁷. A finales de 1956 otro presidente iberoamericano viajó a tierras ibéricas, aunque en este caso la visita estuvo envuelta en una gran polémica.

Se trataba de José Figueres, presidente de Costa Rica, cuya estancia fue vista con enorme recelo por parte de las autoridades franquistas quienes le consideraban un “agente del comunismo en Centro América”¹⁸, mientras que los republicanos exiliados habían manifestado un gran disgusto cuando conocieron la decisión de pisar España en su periplo europeo.

A pesar de la oposición por ambas partes, en noviembre de 1956 el presidente Figueres y su esposa visitaron a Franco en un ambiente de gran discreción. No hubo para ellos ágapes multitudinarios con agentes sociales ni recepciones protocolarias ni asistencia a espectáculos folklóricos. Su estancia se limitó a una parada motivada por asuntos personales, y de su audiencia con Franco no salió ningún acuerdo, excepto el de mantener el mutuo respeto y la no ingerencia que habían caracterizado las relaciones España-Costa Rica hasta ese momento.

Muy distinta de la visita del presidente costarricense fue la del Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, José Loreto Arismendi, realizada también en el otoño de 1956. Venezuela era un país productor de petróleo en el que España estaba interesada por razones de aprovisionamiento del preciado producto. Aunque la amistad con los árabes, especialmente con Irak y Arabia Saudita, garantizaba el suministro del crudo, las autoridades estimaron la conveniencia de acudir a su otra rama de amistad, la iberoamericana, para apuntalar la importación de tan preciada materia prima. Venezuela se presentaba como un lugar idóneo para este lazo comercial de tanto interés estratégico porque su presidente, el coronel Marcos Pérez Jiménez, ejercía el poder bajo una férrea dictadura militarista, en cierta manera homóloga a la franquista. De ahí que los dos dirigentes se entendieran y llegaran a acuerdos comerciales con gran rapidez.

En relación al acercamiento a Occidente, como hemos dicho en párrafos anteriores, fue un asunto postergado en la coyuntura de 1956, una vez constatada la importancia de las cuestiones relacionadas con el mundo árabe. Evidentemente el enlace a Estados Unidos estaba garantizado desde la firma de los Pactos en 1953, a pesar de lo cual el enclave norteamericano constituía el foco más importante de atención en su calidad de *garante* ante Occidente y de llave para el acceso a organizaciones multilaterales. Además de Estados Unidos, el gobierno franquista tenía puesta su atención en Alemania, a cuyo frente se hallaba el canciller demócrata-cristiano Konrad Adenauer, quien en varias ocasiones se había mostrado partidario de respetar al régimen español y de incorporarlo al sistema defensivo occidental. Las crisis de 1956, a saber Suez, Hungría, Polonia o China, empujaban a la República Federal Alemana a transformar la

estrategia defensiva en una más global que incluyera a la mayor cantidad de países anticomunistas bajo el mando del gran bloque capitalista.

El acercamiento a España, no obstante, había de hacerse con mucho tacto si no quería suscitar recelos y provocar el recuerdo de su pasado nazi reciente. Sin embargo, había muchas opiniones coincidentes en el enjuiciamiento de la política de aquellos años entre representantes de los sectores católicos del Régimen y los demócrata-cristianos alemanes, entre otros, su preocupación por la implantación de los valores cristianos en Europa o la extensión del comunismo. Algunos de los canales de comunicación entre España y Alemania fueron, entre otros, las reuniones internacionales de Pax Romana y el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI), que movilizó y fomentó los encuentros entre ambos países. Estos foros propiciaron el establecimiento de contactos personales y la forja de amistades con miembros del gobierno y dirigentes de partidos católicos con resultados muy fructíferos para la apertura de España al exterior¹⁹.

Desde 1954 había rumores de una próxima visita a Madrid del canciller, aunque existían obstáculos para un contacto hispano alemán por razones políticas y otras de carácter material, fundamentadas principalmente en la cuestión de los bienes alemanes existentes en España durante la Guerra Mundial. Alemania reclamaba la propiedad sobre bienes inmuebles y obras de arte, expropiadas en virtud de los acuerdos de 1948 con los aliados. Esta cuestión monopolizó en gran parte, la actividad de la embajada alemana en España hasta 1958, en que se consiguió llegar a un compromiso con este contencioso.

En los círculos diplomáticos corrió el rumor de que el primer mandatario alemán vendría a España en 1956, pero se fue retrasando esta cita que tanta crítica suscitaba en la opinión pública. En sustitución del canciller, viajó a Madrid en la primavera de 1958 el ministro de Negocios Extranjeros, Von Brentano, alentada por el interés en intensificar los intercambios comerciales.

Adenauer gozaba de un gran prestigio internacional y había firmado acuerdos culturales y económicos con un número importante de potencias. El canciller mantenía una estrecha relación con el presidente

Eisenhower, con quien compartía los mismos puntos de vista con respecto a los temas de defensa, y en este ámbito un encuentro con Franco era considerado positivo para la estrategia global de los países atlánticos y europeos²⁰. Este encuentro, no obstante, nunca tuvo lugar mientras que Adenauer estuvo en el poder, a pesar de que su gran reputación le habría ahorrado comentarios acerca de las hipotéticas maniobras políticas que giraban en torno a la entrevista. La visita a Franco tuvo lugar muchos años después, en 1967, cuando se hallaba fuera de los círculos políticos activos. Actuaba en nombre de los intereses defensivos y económicos del capitalismo y ejercía de vehículo de la democracia cristiana para mediar ante la cerrada España. No había nada más en el trasfondo, excepto la falta de prejuicios sobre mantener tratos con el último dictador de Europa.

El año 1956 acabó para España de un modo bien diferente a como empezó. En el plano interno, la actitud de la sociedad ya no sería nunca la misma. Febrero había demostrado que la resignación no era la única vía posible para sobrevivir y significó un punto de inflexión para los grupos de oposición. En política exterior, la pérdida de Marruecos constituyó una prueba fehaciente de que los tiempos imperiales habían acabado y de que había que reconstituir el panel de relaciones con un vecino, en apariencia amistoso, pero en la práctica muy molesto para los planes de la administración franquista.

NOTAS

¹ Sobre los sucesos estudiantiles, Mesa R. (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid, Universidad Complutense, 1982. Igualmente, Ruiz Carnicer, M.A.; Carreras Ares, J.J. (eds.), *La Universidad española bajo el Régimen de Franco (1939-1975)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991. Ruiz Carnicer, M.A., *Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid, Siglo XXI, 1996.

² La ciudad de El Cairo se estableció en la sede de la organización, cuya consecuencia fue la primacía egipcia sobre el resto de miembros. En un principio la Liga Árabe fue suscrita por Arabia Saudita, Yemen, Irak, Transjordania, Siria y Líbano y contaba con el apoyo británico. Poco a poco se sumaron Libia (1953), Sudán, Marruecos, Túnez (1956), y a lo largo de la década de los sesenta y setenta: Kuwait, Argelia, Qatar, Bahrein, Omán, Yemen del Sur, Mauritania, Emiratos Árabes Unidos y otros.

³ Lewis, Bernard, *El lenguaje político del Islam*. Madrid, Alfaguara, 1990. Asimismo, López, B., *El mundo arabo-islámico contemporáneo. Una historia política*. Madrid, Síntesis, 1997.

⁴ Algora Weber, M.D., *Las relaciones hispano-árabes durante el Régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*. Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 1995.

⁵ Sueiro, S., “Sueños de Imperio: las pretensiones españolas en Marruecos y la diplomacia británica durante la II Guerra Mundial”, en J. Tusell et al., (eds.), *El régimen de Franco (1936-1975). Volumen II. Madrid, UNED, 1993, 299-320*. Garriga, R., *La España de Franco, 1939-1942. Las relaciones secretas con Hitler. Tomo I*. Madrid, G. del Toro Editorial, 1976.

⁶ Moha, E., *Las relaciones hispano-marroquíes*. Málaga, Algazara, 1992.

⁷ Archivo Fundación Nacional Francisco Franco (en adelante AFNFF), documento 7620 de 2 de marzo de 1956. “Declaración de independencia de la Representación marroquí que hace pública la declaración”.

⁸ Ybarra, C., “Acción política española en la independencia de Marruecos, (1951-1956)”, en J. Tusell; S. Sueiro et al. (eds.), *El Régimen de Franco (1936-1975). Congreso Internacional. Tomo 2*. Madrid, UNED, 1993, 401-413. De la misma autora, *España y la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos (1951-1961)*. Madrid, Algazara, 1998.

⁹ Archivo Palacio Real (en adelante APR), Casa civil de S.E. el Jefe de Estado y Glmo. de los Ejércitos, Protocolo Legajo 4, año de 1956. “Visita a España de personalidades extranjeras”. Suárez, L., *Franco. Crónica de un tiempo. Proyectos para una doble estabilización. Desde 1953 hasta 1961*. Madrid, Editorial Actas, 2003.

¹⁰ Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante AMAE), R-6981.68. “Condecoraciones con motivo del viaje de Mohammed V, 1956”.

¹¹ AMAE, R-4293.4. “Texto de la Declaración Conjunta para la independencia de Marruecos de 7 de abril de 1956”.

¹² Eiroa San Francisco, M.; Veiga Rodríguez, F.J., “Compañeros de viaje: Turquía, España y las dictaduras neutrales de la Segunda Guerra Mundial a la era de las transiciones, 1939-1981”. *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, 28 (2006), dossier monográfico, *Turquía, una nueva dimensión para Europa*.

¹³ Graubard, S.R. (ed.) *Eastern Europe... Central Europe... Europe*. Oxford, Oxford University Press, 1991.

¹⁴ Suárez, L., *Franco y la URSS*. Madrid, Rialp, 1987.

¹⁵ Ferrero Blanco, M. D., *La revolución húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*. Universidad de Huelva, Huelva, 2002. De esta misma autora, “Franco y la Revolución Húngara de 1956: la contribución de España en la resistencia frente a la URSS”. *Papeles del Este*, 7 (2003).

¹⁶ Pérez Maura, R., *Del Imperio a la Unión Europea. La huella de Otto de Habsburgo en el siglo XX*. Madrid, Rialp, 1997. AFNFF, documento 17593, 24448 de 8 noviembre 1956 y 5 de noviembre respectivamente.

¹⁷ APR, Casa civil de S.E. el Jefe de Estado y Glmo. de los Ejércitos, Protocolo, Palacio de Oriente, Legajo 4, Año 1956. “Visita a España de personalidades extranjeras”.

¹⁸ Palabras del embajador en Caracas, Manuel Valdés, falangista, quien informaba al ministro Arrese. AMAE, R-4679.63. “Visita a España del presidente de Costa Rica”.

¹⁹ Sánchez Recio, G, (ed.), *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

²⁰ En la prensa internacional se recogía la noticia del próximo encuentro entre el Caudillo y el Canciller. Véase los diarios romanos *Il Tempo*, el alemán de tendencia católica *Vart Land*, los portugueses *Novidades* y *Diario da Manhã*.